

Un juez niega que el pianista que inspiró a Polanski fuese colaborador nazi

AFP, Varsovia

La familia de Wladyslaw Szpilman, el intérprete y compositor polaco retratado en la película de Roman Polanski *El pianista*, ha ganado un juicio de apelación por difamación contra la escritora de un libro que le acusaba de haber colaborado con los nazis, según ha informado el hijo del músico.

La decisión, tomada por la Corte de Apelación de Varsovia el pasado viernes, obliga tanto a la autora, Agata Tuszynska, como a la editorial que publicó su *Oskarzona: Wiera Gran* ("Wiera Gran, el acusado"), a publicar sus disculpas en 15 días y retirar los pasajes afectados de posibles futuras ediciones del volumen.

En el libro, Tuszynska cita a la cantante judía de origen polaco Wiera Gran, quien acusó en su día a Szpilman de haber formado parte de la policía judía en el gueto de Varsovia. Sin embargo, las observaciones de la cantante no parecen tener confirmación real.

Gran, superviviente del Holocausto y conocida dentro del gueto, fue también víctima de acusaciones que la consideraron tras la guerra aliada de los nazis. El Comité de Judíos Polacos terminó por absolverla, pero la cantante nunca recibió una retractación de sus acusadores. Como consecuencia de estas alegaciones, la intérprete se vio obligada a emigrar a Israel y después se instaló en Francia. Allí, sufrió de alzhéimer. Falleció en París en 2007.

Acusado por una cantante

Andrzej Szpilman, hijo del pianista, ha expresado su satisfacción con la sentencia, recordando el pleito que interpuso su familia en Alemania hace tres años: "Este juicio permitirá mejorar los estándares éticos en Polonia y cuestionará la noción mal interpretada de la libertad de expresión".

La escritora polaca ha comentado: "Una vez más, le cerramos la boca a Wiera Gran". Y ha pedido disculpas por ello, según informa el diario *Gazeta Wyborcza*.

Wladyslaw Szpilman, pianista reconocido en su país natal, murió en Varsovia el 6 de julio de 2000. Su éxito mundial se debió a la célebre película de Roman Polanski, *El pianista*, basada en la autobiografía de Szpilman. El filme ganó tres Oscar en 2003, uno de ellos gracias a la interpretación del actor norteamericano Adrian Brody, quien encarnó al protagonista.



Víñetas de 'Un verano en las dunas', editado en España por Fulgencio Pimentel.

Seth, un monumento ilustrado a la nostalgia

El dibujante analiza su trayectoria y el mundo de los cómics. 'Un verano en las dunas' reúne historias inéditas en España

TOMMASO KOCH, Madrid

Seth siempre lleva sombrero. Un elegante fedora, en concreto. Calcula que nunca ha salido de casa sin él, en décadas. De la misma manera, el dibujante vive trajeado, su hogar luce decoraciones de antaño y su garaje hospeda un coche *vintage*. Queda claro por qué le llaman "el artista de la nostalgia". Aunque su defensa de la morriña no se limita a la apariencia. "Soy una persona muy nostálgica. Debo de tener algún gen de eso. Vivo en una especie de burbuja, flotando hacia pensamientos del pasado", responde por correo electrónico. De hecho, no sale a menudo de ahí, ni mucho menos para dar entrevistas. Tanto que esta es la primera que concede a un medio español.

Inéditas en España eran también sus primeras historietas, pero la editorial Fulgencio Pimentel ha buceado en el pasado del dibujante del pasado. Y ha sacado a la luz *Un verano en las dunas*, un volumen que reúne dos tebeos que Gregory Gallant, Seth (Clinton, Canadá, 1962) realizó antes de convertirse en uno de los historietistas más apreciados del planeta. Pese a su amor por lo que fue, Seth no había releído estas obras: "Solo vería los fallos. He aprendido que un artista a menudo es el peor juez de su trabajo. Está demasiado cerca. Es como mirar una foto embarazosa de uno mismo".

Además, los episodios de *Un verano en las dunas* resultan ya bastante incómodos por sí mismos: Seth relata cómo perdió la virginidad con la mujer de su entonces jefe y la primera vez —hubo una segunda— que le pegaron por su aspecto.

Una lista para el orgullo

Al historietista le cuesta saber que es lo que más le enorgullece de su carrera. Acaba diciendo: "El simple hecho de que, cada vez que publican una lista, se me considere uno más entre los mejores historietistas de mi generación. Aparecer junto con Chester Brown, Daniel Clowes, Adrian Tomine, Julie Doucet, Chris Ware, Ben Katchor, Joe Matt, Charles Burns y muchos más es muy gratificante".



El dibujante Seth.

"¡Como heterosexual me han atacado por la calle por homofobia más que a mis amigos gays!", destaca. Pero el libro sirve, sobre todo, para descubrir los comienzos del hombre que lanzaría cómics clave como *La vida es buena si no te rindes* o *Palookaville*. Ahí están los gérmenes de su dibujo estilizado, sus pequeñas historias de vida cotidiana, su humor amargo y todas las pecu-

liaridades de un tipo tremendamente distinto.

"Me gusta arrastrarme por casa y sentirme melancólico. A menudo, me decepciona la cultura contemporánea, pero me puedo retirar en mi pequeño mundo y escaparme. Estoy muy agradecido de haber vivido en la era anterior a la penetración de Internet", incide. Seth cuenta que huye de la conexión constante, las opiniones masivas o la tecnología. Tanto que una de sus actividades favoritas es encerrarse en su estudio y desaparecer. "La Red te grita para mantenerte distraído. Corta tu vida interior al tenerte ocupado todo el tiempo", añade.

Fuera de la era moderna

Su filosofía se resume en "un empeño en estar fuera de la era moderna". No se trata, aclara, de añorar un pasado más feliz. De hecho, considera que se encuentra en la mejor época de su vida. Simplemente, todo lo que se coccia "entre los veinte y los sesenta" le atrae mucho más. Y propone un ejemplo singular: "Me gusta cierto formalismo en la ropa y en los modales. Nuestra era es muy informal. Todos parecen obsesionados con la autenticidad y con que para lograrla sea necesario no hacer esfuerzos. Qué idea más rara, como si cualquier cosa fascinante ocurriera por casualidad".

Desde luego, sus cómics son el caso opuesto. Le exigen muchísima dedicación y aún más tiempo. "Soy tan lento en los tebeos que podrían no ver nunca la luz", afirma. Seth reconoce que ha estado "obsesionado" 40 años con las historietas. Ahora, al parecer, ha ampliado su abanico artístico, con pequeñas esculturas, impresiones y diseños. Eso sí, sigue amando su oficio principal: "La mejor parte de ser historietista son la soledad y la autonomía. Nadie te dice qué hacer o cómo hacerlo".

Hablando de los tebeos, por una vez se lanza a una oda al presente: "Es una época dorada para los cómics artísticos. Están mejor que nunca. Me encanta la obra de Michael DeForge, Ethan Rilly o Kevin Huizenga". Todos, eso sí, dibujantes alternativos. En cuanto al grueso de la industria, su veredicto es el opuesto: "Los tebeos *mainstream* son horribles. No puedo ni mirarlos".

Ya puestos, Seth les pega un bofetón también a los superhéroes. De pequeño era un lector ávido de sus historias. Todavía tiene estanterías llenas de esas obras, "inocentes y dirigidas a estimular la fantasía de los niños". Hoy, sin embargo, cree que aquellos grandes mitos se han rendido: "Todos esos viejos y dulces personajes han sido arruinados. Los superhéroes de los cómics de ahora me repugnan. Parecen fetiches más que otra cosa. Son parte de ese mundo infantilizado del que me mantengo lejos".

El primer ministro de su país, Justin Trudeau, ha sido retratado hace poco como un superhéroe en un cómic. En un mundo que premia egoísmo y populismo, un político feminista que acoge refugiados y lucha por las minorías parece venido de otro planeta. ¿Qué opina de él? "Me gusta mucho, aunque todavía era mejor su padre, Pierre Trudeau [quien también fue primer ministro de Canadá]". Es imbatible: es el pasado.